

Maestros de la sospecha (resumen)

Marx

Marx engloba las ideologías o formas de conciencia en la superestructura; el concepto incluye cualquier forma de pensamiento como ideas, imágenes, símbolos y valores. La superestructura viene determinada por la **estructura económica**, que es la base real de la **sociedad**. Esta se compone de las fuerzas productivas y las **relaciones de producción** que surgen entre ellas. La **ideología**, la **filosofía** y la **religión** de un momento histórico dado son las que corresponden a la **clase dominante** y tienen como finalidad mantenerla en su situación de privilegio, **justificando** la estructura económica del momento (que es la relación entre opresores y oprimidos).

La **alienación** es doble: por un lado el capitalismo le impone a las personas que sobrevivan a duras penas mediante el **trabajo**, la actividad distintiva de los seres humanos. El trabajo se constituye así como una actividad que le es impuesta desde afuera a los obreros, que nada tiene que ver con su voluntad y cuyo esfuerzo no se traduce en un producto familiar, sino extraño a quien lo produce. Por otra parte, las miserias de este mundo impulsan la creencia en la religión; la promesa de una prosperidad futura y eterna funciona como un bálsamo de las penurias de esta vida.

El error de la filosofía ha sido considerar que el hombre es un ser abstracto e individual, cuando no es más que un **ser social**, «la esencia humana no es algo abstracto e inmanente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las **relaciones sociales**». De este modo, cualquier ideología que no denuncie la situación de poseedores y desposeídos ayuda a mantenerla, por eso afirma Marx: «Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo».

Nietzsche

Según Nietzsche, toda la historia de la filosofía ha estado basada en una gran mentira. Los **valores** heredados de la **Ilustración** tienen como característica el **rechazo** a la vida. Para descubrir dónde se han invertido estos valores debemos remontarnos a la **Grecia clásica**, donde coexistían dos espíritus, por un lado **Apolo**, que representaba la racionalidad y las artes figurativas, y, por otro, **Dionisos**, que representaba la música, la embriaguez y el impulso vital; estos dos espíritus convivían en el mundo griego hasta que **Sócrates** y **Platón** exaltaron el intelectualismo y lo apolíneo, eliminando así media dimensión del ser humano.

La filosofía solo se ha ocupado de crear mundos ilusorios caracterizados por su inmutabilidad, como el Mundo de las ideas platónico; «Todo lo que los filósofos han venido manejando desde hace milenios fueron momias conceptuales, de sus manos no salió vivo nada real». Todo lo que supusiera cambio o devenir era considerado como mera apariencia, de ahí la recuperación del pensamiento de Heráclito por parte de Nietzsche, el filósofo que reivindicó la existencia del **cambio** y el **devenir**.

Las explicaciones ontológicas (un mundo del verdadero ser frente a un mundo aparente) se convierten en explicaciones **morales**, el **mundo inmutable** es **bueno** y es alcanzable por el virtuoso, mientras que todo lo relacionado con el **mundo sensible** será aparente y **malo** por definición; de ahí que Nietzsche afirme: «todos los problemas de la filosofía no son sino un problema de valores». Hay que desconfiar de los valores morales transmitidos por la tradición, propios de una moral de esclavos que tienen su origen en el resentimiento contra la vida. Pero Nietzsche va más allá e incluso pone en duda el concepto de **verdad**. Para ello realiza un minucioso análisis lingüístico o, como también lo denominará, **genealógico**. Así, descubre que se han mutado los significados originales para lo que consideramos bueno o verdadero. De aquí surge la necesidad

de **transmutar** estos valores e instaurar una nueva axiología que **afirme** la **vida** y tenga su origen en una auténtica moral de señores.

Freud

Freud piensa que el hombre va construyendo su psique organizando unas necesidades y **pulsiones** en interacción con el medio **familiar, social y cultural**, representado esencialmente por los padres. En el hombre se producen una serie de conflictos entre el **Yo** y las pulsiones asociadas a la sexualidad (Eros) y la agresividad (Thánatos). Tiene que relacionarse socialmente enfrentándose constantemente entre lo que exige la realidad, las normas morales impuestas por el **Superyó** y los deseos que provienen del **Ello**, que demandan satisfacción.

El ser humano es un sujeto histórico tanto en el ámbito social como individual. En su interior hay una **lucha** constante entre sus **instintos**, los impulsos agresivos y destructores y su ambiente cultural. Este conflicto se enmarca en lo que Freud denomina el **principio de placer** y el **principio** de realidad. El principio de placer busca lo que es placentero y huye del displacer, al tiempo que la realidad se impone **socioculturalmente**. En su obra El malestar en la cultura, explica Freud cómo este modelo topográfico basado en el Yo, el Ello y el Superyó es extrapolado. De ahí que afirme que la sociedad y la cultura no son para nosotros más que una combinación de pulsiones y del complejo de Edipo (por el que el niño expresa deseo hacia la madre y agresividad hacia el padre). El hombre persigue la **felicidad**, pero se encuentra demasiadas **restricciones**, por eso el ser humano es anti-social. La insatisfacción nos empuja a buscar sustitutivos en el trabajo, el arte, la ciencia, la religión o las drogas; a través de ellos no se encuentra el placer, pero al menos se evita el displacer. Según Freud: «se renuncia a un placer momentáneo, [...] pero tan solo para alcanzar por el nuevo camino un placer ulterior y seguro». De ahí que se asuman las promesas de las religiones como una renuncia al placer terrenal frente a una recompensa que «no es más que una proyección mística de esta transformación psíquica (la renuncia del placer empujado por el principio de realidad)».